

LA EDUCANDA.

Periódico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—La entrada en el mundo, por doña Angela Grassi.—Juegos de niños: La cuerda, por P.—La Rueda de la Fortuna, por doña Robustiana Armiño de Cuesta.—Clemencia (continuacion), por doña Joaquina G. Balmaseda.—Variedades.—GRABADOS: La cuerda.—Premios de colegio.—LAMINA: Pliego de Dibujos y Patrones.

EDUCACION É INSTRUCCION.

Á LAS NIÑAS.



I pudiéramos llenar completamente nuestro objeto, si tuviéramos fuerzas suficientes para dar cima á la empresa que nos hemos propuesto, fácil nos seria recorrer el camino, fácil trazar el destino de la niña, de la jóven y de la mujer, formando un todo completo, que sirviera á la vez que de guia y consejo, de saludable y útil enseñanza.

Se destacan sin embargo de este cuadro tantos asuntos, que cada uno merece un sitio aparte. Pero es fuerza diseñarlos siquiera.

Estudiando, no solo la vida de la mujer, sino la de la niña ó la de la jóven, se encuentra el destino humano, con todas las varias obligaciones que imponen los diversos caracteres sociales y sus mas sencillos elementos.

La situacion actual de la mujer en la sociedad, las condiciones generalmente impuestas á su educacion, y las cualidades mas elevadas que nos parece esencial imponerles, deben ser el primer objeto de nuestro exámen. Impórtanos hacer conocer nuestras ideas, aun cuando las hayamos emitido en otros asuntos de completa conexion con este, sobre el destino de la niña, la jóven ó la mujer, sobre sus facultades, sobre los obstáculos que puede encontrar la obra de su perfeccionamiento, y en fin, emitir francamente nuestro parecer, aunque humilde, sobre los diversos puntos en que la discusion embarazaria mas tarde nuestro camino.

Al tratarse de la niñez, no basta esponer princi-

2.^a ÉPOCA.

pios, sino hacer aplicaciones, y asi veremos por la parte moral trazada la senda de los principios evangélicos; y que la parte intelectual necesita algo mas que seguir una ciega rutina, y exige indagaciones importantes.

El estudio de las diversas partes de la vida humana es siempre digno de interés bajo todos conceptos, pero la edad en que se prepara el porvenir de otras edades, merece muy especial atencion; y mereciendo la del que enseña, ¿cuánta no debe prestar la que aprende?

Antes de que la niña empiece á conocer la importancia que tiene casi todo lo que la rodea, porque no habiendo nada indiferente en la vida, menos puede haberlo para la enseñanza, debe estar preparada á ese conocimiento que tanta influencia ha de ejercer en lo sucesivo; y esa preparacion es fácil con la obediencia y la aplicacion. Cuando se conoce el deber se ha andado la mitad del camino para practicarle. Y los deberes de la mujer, no nos cansaremos de repetirlo, son mayores y mas trascendentales que los del hombre. Por esto creemos que se debe insistir mas en su educacion, y por esto exigimos de las niñas algo mas que de los niños.

La niña que empieza bien acabará mejor: la que es modelo en la escuela ó en el colegio, lo será tambien en su casa, y la que es niña perfecta en todo, será tambien jóven ejemplar, y luego la felicidad de la familia.

Que se penetre la niña de la importancia del papel que está llamada á representar, y no dejará de poner de su parte cuanto de ella se exige, porque conocerá que todo es por su bien.

¿Quién en efecto ha de experimentar los resultados? ¿quién recoger el fruto? Cuando llegue ese tiempo, la que es hoy niña habrá perdido quizás á sus padres, y será el fundamento y la cabeza de una familia que la deberá su existencia material é intelectual, y entonces exigirá de sus hijos lo mismo que su madre exige hoy de ella, y cuanto haya aprendido,

cuanto sepa, le servirá para desempeñar acertadamente su mision, para cumplir con los grandes y sagrados deberes que la religion y la sociedad le imponen. Y ¡cuán fáciles le serán si aprendió bien de niña los que le eran peculiares! qué sencilla se le hará su tarea! ¡Cómo gozará con el recuerdo de lo irreprochable de su conducta pasada!

Seguramente que no pueden concebir las niñas tanto bien, semejante solo á la satisfaccion que les produce un premio merecido, cuando en él cifran toda su felicidad.

Es tan fácil cuanto se exige á las niñas, que solo una desaplicacion absoluta ó una educacion completamente abandonada, pueden hacer se deje de cumplir lo que á nadie interesa mas que á ellas. Pero esto afortunadamente son excepciones; la regla general puede envanecernos y es de gran loa para las niñas, á quienes vemos en todas partes y en todas ocasiones haciendo honor á su sexo y mostrándose dignas de su destino.

A. PIRALA.

LA ENTRADA EN EL MUNDO.

XI.

De Leonor á Adela.

Hoy de nada tengo que acusarme, Adela mia!... Pongo tanto empeño en medir mis palabras, que desde hace tres meses no he pronunciado ninguna que haga asomar el rubor á mis mejillas.

¡Ah, bien lo comprendo ahora: el móvil de una conducta inconsiderada es siempre el amor propio unido al egoismo, y teniendo una verdadera abnegacion, anteponiendo el bien de los demas á nuestro bien, es como conseguimos portarnos dignamente en todas ocasiones!

Por fin ha vuelto el otoño con su cielo nebuloso, con su helado cierzo, con sus árboles sin hojas, pero tambien para el que vive en sociedad, con sus largas noches de placer, con sus risas, con sus fiestas!

Bendito sea el otoño!

En la naturaleza todo va pereciendo, y todo revive en el mundo social, hasta el amor! Es verdad que el pobrecillo vuela de salon en salon, tiritando de frio, sacudiendo aquí y allá sus alas cubiertas de nieve, y arrimándose á las chimeneas para hacer secar su carcax mojado y sus húmedas saetas! y hé aquí sin duda porqué el amor de salon es tan tibio y tan fugaz! hé aquí porqué sintiéndose aterido corre sin cesar en busca del fuego que mas calienta!

¡El amor, Adela! dulce y misteriosa palabra, que me causaba una profunda tristeza, siempre que la oia pronunciar en torno mio!

A veces hasta perdía la esperanza de conocer nunca sus delicias, á veces ¡ay! recordaba las últimas palabras que pronunció Rafael al separarse de mí, cuando me dijo que la felicidad llamaba una sola vez á nuestra puerta.

Rafael! no puedes figurarte cuán grato me es su recuerdo! Rafael se ha convertido para mí en objeto de una casta adoracion, y me parece superior á todos los hombres de la tierra!

Es decir, me parecía.... Ahora no!... Este es un secretillo que guardo en lo mas íntimo del corazon, y que casi á mi pesar me decido á confiarte....

Hace algun tiempo... era un domingo: la mañana estaba triste y nebulosa, y mi alma mas triste todavía que el cielo, mas negra que los negros nubarrones.

Jacinta, acompañada de su doncella, vino á buscarme para que fuéramos á misa. Consentí.

Ella fué la primera en observar que un jóven estaba inmóvil junto á la pila del agua bendita y nos miraba fijamente.

Nos miraba, ¿pero á cuál de las dos? Esto era lo difícil de saber. Por supuesto que cada una de nosotras creyó ser la favorecida.

Salimos: Jacinta iba delante, yo detrás.

Sin embargo, el desconocido me ofreció á mí primero el agua bendita, y despues á ella.

Mi corazon rebotó de júbilo.

A pesar de todo, quise acabar de cerciorarme, y advirtiéndole que nos seguía, rogué á Jacinta que me dejase en mi casa, en vez de ir á la suya como habíamos proyectado, pretestando un fuerte dolor de cabeza.

Subí de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera, tiré con furia de la campanilla, entré como un torbellino, y corriendo á mi aposento me asomé al balcon.

Estaba allí!

El desconocido estaba allí, parado en la acera de enfrente, y mirando á mis balcones!

Es alto, moreno, pálido, de ojos y cabellos negros, de elegante porte y modales distinguidos....

Ya el cielo no me pareció triste, ni mística la tierra, ni helado el cierzo!... La naturaleza toda se iluminaba con el fuego de sus ojos!...

Me hizo señas, á las que respondí con sonrisas, y me sentí tan feliz con la idea de que ya había sonado para mí tambien la hora santa del amor, que cuando me pidió una de las dalias blancas que decoraban mi balcon, y se asomaban pomposamente entre sus hierros, la corté al instante y la arrojé á la calle.

Vino á cojerla, la besó, la puso sobre su pecho...

Después se fué, pero volvió al día siguiente, volvió todos los días!

—¿Qué tienes que estás tan alegre? me decía á veces mi tío.

—Leonor se va embelleciendo mucho! se decían mis amigas, y nunca la hemos visto tan amable y decidida!

¡Ah, era la felicidad que cantaba dentro de mi alma!

El desconocido se había convertido en mi sombra: me seguía al paseo, al teatro, á todas partes. A todas partes, menos á los círculos sociales, en donde yo hubiera querido que se presentase.

Una mañana encontré en mi balcón un perfumado billete.

Sin duda había trepado hasta él durante la noche, porque está muy bajo.

¡Pero qué imprudencia! Rufina, mi doncella estaba junto á mí, y no sé cómo no me lo vió coger...

Lo escondí apresuradamente en mi pecho... ¡Oh, como palpitaba mi corazón al contacto de aquel finísimo papel que simbolizaba para mí cielos y tierra, que encerraba entre sus pliegues el porvenir de mi vida!

Era la hora del almuerzo, y mi tío me estaba esperando.

Rufina, que es muy curiosa, sin duda sospechó algo, porque no se separó de mí hasta que llegamos al comedor.

¡Me sería imposible pintarte mi impaciencia, mi preocupación durante el almuerzo! No contesté con acierto á ninguna de las palabras que me dirigió mi tío, me corté un dedo al partir el pan, rompí una botella...

Para colmo de desventura, aun estábamos en la mesa, cuando me avisaron que acababa de llegar mi maestro de piano.

Mi maestro es Alejandro, á quien cada día profeso mayor aprecio, pero en aquel instante me fué preciso reunir todas mis fuerzas y recordar el pasado, para no recibirle mal.

¡Ay, estaba escrito que no debía leer la carta cuyo contacto me estaba abrasando, como si hubiese sido de fuego!...

Entraron visitas y mas visitas, fuimos á paseo, comimos, asistimos al teatro...

¡Creo que en mi vida he experimentado una ansiedad mas espantosa!

Eran las doce de la noche, cuando por fin, sola en mi aposento, y libre de testigos, pude dar libertad á mi tesoro. ¡Cómo temblaba mi mano al romper el nudo! qué velo cubrió mis ojos, al divisar por fin los adoradores caracteres!

Me tuve que sentar, tuve que aguardar á que se calmasen los tumultuosos latidos que levantaban mi pecho!....

¡Qué carta, Adela, qué carta! ¡Cuánta poesía! cuántas frases dulces y halagadoras, que quedarán para siempre grabadas en mi alma!

Le amo! la amaré mientras exista!

Se llama Carlos: Carlos de Sandoval... ¿no es verdad que es un nombre muy bonito?

No sé si es empleado, militar ó rentista: ¿qué me importa? le amo!...

En medio de mi embriaguez, en medio de mi delirio, cogí la pluma, ¿cómo tuve tanto valor?...

No sé si mi respuesta estaría bien escrita, solo sé que fué la expresión de un alma apasionada....

Rayaba ya el día, cuando estampé á su pié mi firma entera.

¡Experimentaba cierto orgullo en otorgarle aquella muestra de confianza, me parecía que toda recompensa era poca, para la felicidad que me había dado!...

Me acerqué al balcón... ¡Oh, Adela, brillaba apenas la aurora, y Carlos ya estaba allí!...

Le arrojé mi carta...

¡Cómo pintarte las delicias que apuramos durante la hora que permanecemos contemplándonos, cambiando nuestros suspiros, confundiendo nuestras miradas!....

Cuando me tendí en el lecho, el sol iluminaba ya toda la tierra, pero era mucho mas esplendoroso, mucho mas brillante, el que iluminaba mi alma!

Me dormí forjando plácidas ilusiones, y fueron imágenes de rosa, las que vinieron á mecer mi sueño!

ANGELA GRASSI.

JUEGOS DE NIÑOS.

LA CUERDA.

El juego de la cuerda data de la mas remota antigüedad, y su ejercicio estuvo en práctica en Grecia, Roma y otros pueblos.

Puede jugar á la cuerda una sola niña ejecutando diferentes pasos.

1.º El de *marcha*, que consiste en el salto regular sobre la cuerda, sujetándola por sus estremidades, levantándola en semicírculo por encima de la cabeza, y rozando después ligeramente la tierra; se puede recorrer así un espacio considerable sin fatiga ni interrupción.

2.º El del *paso corto*, levantando y cruzando alternativamente los piés.

3.º El llamado *cruz de caballeros*, que se ejecuta cruzando ambos brazos sobre el pecho en el mis-

mo momento en que la cuerda pasa por debajo de los piés, desenvolverlos, y volverlos á juntar con ligereza; la cuerda toma entonces un movimiento oscilatorio que la hace cruzar en diferentes direcciones, viéndola el espectador dilatarse, y en figura de cruz de Malta.

El modo mas divertido de jugar á la cuerda es el de apostar á quién hará mayor número de veces las suertes espresadas.

Las *vuelatas dobles* consisten en hacer que pase dos veces la cuerda por los piés durante un solo salto. Un jugador diestro puede hacer doscientos sin parar ni perderse.

Las *vuelatas triples* son mas difíciles y apenas se pueden ejecutar mas de doce.

Las *cruces de caballero, dobles*, exigen una gran soltura de cuerpo y vigor en los puños.

Además del juego de la cuerda en particular, ó en el que salta un solo individuo, hay el de tres: dos muchachos ó niñas, alejados entre sí unos veinte pasos, tienen una cuerda un poco floja, y á la altura del que ha de saltar, haciéndola girar rozando la tierra. Una niña se coloca en medio á cierta distancia de la cuerda, en la cual entra cuando pasa por encima, saltando en el mismo momento que va á tocar en tierra para dejarla pasar.

Pueden ejecutarse todos los pasos dichos menos el de la *cruz de caballeros*.

Pero desde el momento en que cae en falta el jugador le sustituye uno de los que agitan la cuerda, á menos que se haya convenido en ceder el puesto á algunos de los compañeros que aguardan su turno de saltar.

Se llama *gran cuerda* aquella en la cual saltan muchos á la vez, y si son diestros pueden verificarlo tres ó cuatro, advirtiéndose que el menor paso falso hace perder el juego. Suele proporcionarse la rapidez de la cuerda á la habilidad de los saltadores, los cuales mandan que se acelere ó modere el movimiento con ciertos términos peculiares que varían segun las provincias.

Por lo regular se tiene este ejercicio á cielo raso en el campo, y ha de elegirse un terreno bien limpio, porque si no, al cabo de algun rato el movimiento rápido de la cuerda levantaria una espesa pol-

vareda. Igualmente se cuidará de que no sea pedregoso, pues la cuerda, sacudiendo en una piedra, la arrojaría tal vez lejos y con violencia, con riesgo de graves accidentes.

Se cuenta de un escocés que daba hasta veinte saltos triples, y que contaba quince de cruz de caballeros.

Hace cosa de cinco años que un Norte americano, Ofman Coopern, hacia la delicia de sus compatriotas dando cien saltos sencillos en la cuerda y veinte dobles, alternando con los de cruz de Malta; pero todas esas habilidades se quedan muy atrás comparadas con las del primer saltador del mundo, Angelo Dangieri, que no solo da mas saltos que el dicho americano, sino que ejecuta las suertes en una pequeña tabla de un pié cuadrado, á la considerable altura de veinte piés de elevacion.

Los nombres históricos que dejamos apuntados solo han de servir á los niños como ejemplo de que el hombre puede vencer los graves obstáculos con la constancia y fuerza de voluntad; pero de ningun modo han de tomar norma para imitarlos, pues así como el ejercicio moderado desarrolla las fuerzas físicas, el excesivo perjudica notablemente al desenvolvimiento de



La cuerda.

la naturaleza y abre prematura tumba.

Los padres deben cuidar que sus hijos, especialmente las niñas, usen moderadamente de este juego, que es algo violento, y por lo mismo perjudicial al que se entrega con exceso á él.

Las cuerdas son generalmente de cáñamo y del grueso de un dedo; las de lujo son cordones de lana ó de seda de color, y todas suelen estar provistos de unos manubrios torneados para que no hagan daño en las manos.

De cualquier modo que se haga girar la cuerda forma una línea *curva*, por eso se llama tambien juego de la comba.

Bueno es que, siguiendo las lecciones prácticas que tenemos recomendadas, la madre ó el aya hagan notar á las niñas lo que es una línea curva, y que en tres diferentes posturas la representa el grabado, mas ó menos abierta.

P.

LA RUEDA DE LA FORTUNA.

Entre las educandas del colegio de huérfanas de militares fundado en Ecouen por el emperador Napoleón y dirigido por Madma. Campan, distinguíanse tres hermosas jóvenes, las mas bellas, las mas simpáticas, y las que mas unidas estaban por los dulces lazos de una amistad sincera y desinteresada.

Estas tres amigas se llamaban María, Clara y Hortensia.

Educadas en las ideas reinantes en aquella época en que se proclamaban incesantemente los principios de igualdad, no se hacia en el colegio de Madama Campan la menor distincion de clase, y la fraternidad que allí reinaba era para causar envidia á los mas acrisolados republicanos.

María era hija de un pobre alférez, ciego de una descarga en las orillas del Rhin; Clara, hija de un general que Napoleón habia convertido en príncipe, y Hortensia hija tambien de otro general tan ilustre por su valor como por los títulos y timbres de su familia.

En la época de los premios anuales, las tres amigas estaban siempre seguras de ser llamadas las primeras para recibir la corona, dando con eso su amistad mayor envidia á las que no podian igualarlas ni en inteligencia ni en sentimientos.

La amistad de las tres amigas se aumentaba con los años, y el dia en que una de ellas se vió obligada á dejar el colegio, fué el dia mas amargo que vieron lucir entre los tilos de Ecouen las jóvenes pensionistas.

La que salia era María, la mas pobre, la hija del alférez ciego, que iba á consagrar su vida entera al cuidado del pobre enfermo que se habia quedado viudo.

—Juremos, exclamó Clara tomando de la mano á sus dos amigas, que sea cual fuere nuestro destino, nos reuniremos dentro de diez años en la verja de las Tullerías!

—Lo juro, respondió la tímida Hortensia, sonriendo con la dulzura de los ángeles; diez años á contar desde este momento... ¿lo cumplireis?

—Pues qué! ¿te atreves á dudarlo, Hortensia?

esclamaron á la vez sus dos compañeras.

Pero Hortensia por toda respuesta llamó á uno de los jardineros que cruzaban por el jardín.

—Jorge, le dijo con solemnidad, ven á ser testigo de este sencillo juramento. María, Clara y yo, hemos prometido encontrarnos de hoy en diez años, á las seis de la tarde, en la verja de las Tullerías.

María salió aquel mismo dia de Ecouen, y Clara dos meses despues para casarse, permaneciendo Hortensia casi otro año aun en compañía de Madama Campan.

Diez años son un soplo para los dichosos, y si Clara, esposa de uno de los banqueros mas acaudalados de Europa, se lanzó al revuelto mar de los goces materiales del lujo y el despilfarro, sin freno ni medida; Hortensia, la ilustre dama, la preferida del Emperador, no veia en derredor suyo nada mas que esclavos, que se esforzaban en adivinar su voluntad.

Los diez años se pasaron al fin; el reló de las Tullerías dió las seis y no se divisaba en la verja una sola persona. ¿Quién fia ya en la amistad?

Pero el camino se cubre de polvo, un gran carruaje, arrastrado por cuatro caballos, entra por la

verja, y el lacayo, desplegando un estribo guarnecido de oro, aguarda que baje una graciosa jóven ricamente vestida, que va mirando á todas partes con inquietud.

Aquella gran señora era María; María, á la que la restauracion habia devuelto los bienes que la revolucion le confiscára.

Una mujer aseada, pero que revelaba en su traje una decorosa miseria, se acerca á María, y despues de contemplarla algunos momentos con indecision, se arroja en sus brazos derramando un torrente de lágrimas.

Era Clara.

Clara, la hija del príncipe, se encontraba arruinada, pero arruinada hasta la miseria. Su marido, despues de una vergonzosa quiebra, se habia fugado á Inglaterra, dejándola completamente abandonada.

—Ven, la dijo María, estrechándola tiernamente contra su corazón; no me abandones jamás; en el colegio tú eras la rica y me amabas, ahora me toca á mí recordarte la fraternidad de Ecouen.

—Y Hortensia? exclamaron á la vez las dos amigas.



Premios de colegio.

—¿Sabes qué ha sido de ella? preguntó María exhalando un suspiro.

—¿Sabes lo que es ahora? añadió Clara, dejando correr una lágrima de sus hermosos ojos.

En aquellos diez años María se había vuelto rica, Clara no tenía un pedazo de pan que llevar á la boca, y Hortensia lloraba en Alemania su penoso destierro.

En el momento en que las dos amigas iban á subir al carruaje, salió de entre los árboles del jardín el anciano Jorge testigo diez años antes de aquel amistoso juramento.

—¡Señorita María, señorita Clara! les dijo con la misma familiaridad que si fuesen todavía pensionistas, aquí teneis el recuerdo de vuestra pobre amiga.

Las dos jóvenes abrieron apresuradamente la cajita que había puesto en las manos de ambas el anciano Jorge.

En la caja de María se encontraba la mitad de la corona de Hortensia, reina de Holanda, y madre del que es hoy Emperador de los franceses, y en la de Clara la otra mitad.—(Arreglo.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

CLEMENCIA.

Continuacion.

Clemencia, sin presumir hasta dónde les perjudicarian tantas concesiones, veía con terror el cambio operado en la vida del joven, comprendiendo que los cuidados que á ellas les prestaba, eran hijos de su vanidad y no de su cariño como presumía Mad. Ogé. Cuando Augusto les decía que debían vestir con mas elegancia, y trocar por otro mejor su humilde alojamiento, Mad. Ogé exclamaba:

—¡Qué corazón!

Mientras Clemencia decía para sí:

—¡Qué vanidad!

En breve dejó su nueva ocupacion para consagrarse al cuidado de sus propios intereses, y vivió algun tiempo á costa de los bienes de toda la familia, acumulando mentira sobre mentira, para disculpar su vagancia. Se había convenido en que daría á su madre una asignacion mensual para los gastos de la casa, y cuando vió que su fortuna se iba consumiendo pensó en hacer economías por esta parte, advirtiéndole á Mad. Ogé que era preciso reducirse algo sus gastos para ayudarle á formar en dos años un capital, cuya cifra fijó. Su cándida madre accedió como de costumbre, y acogió sin sorpresa la indicacion de Augusto relativa á que su hermana podría dar algunas lecciones para cooperar á aquel resultado.

—Pero es preciso, añadió, que no se lo pidas como un favor, sino que le des ocasion de que ella te lo ofrezca.

Al dia siguiente, en un instante en que madre é hija hacían labor junto á la lámpara, exclamó su madre fijando la vista en un vestido que componía Clemencia.

—¿Sabes, hija mia, que necesitarías otro traje?

Esta indicacion cariñosa infundió alegría en el alma de la joven, que replicó sonriendo:

—No lo creas, este quedará muy bien.

—Hace tiempo que deseo comprarte otro, continuó su madre; pero á pesar de mis economías apenas la mensualidad nos alcanza para lo preciso.

—Si me hubieras dejado dar lecciones de canto, exclamó la joven.

—Pero hija querida, añadió su madre sin poder disimular su alegría, tú no has sido criada para una vida tan activa, y correr de casa en casa agotaría tus fuerzas.

—No por cierto. Acuérdate que cuando salíamos con papá daba largos paseos sin experimentar el menor cansancio. Además me será muy dulce contribuir algo en provecho de la casa, y mis lecciones, no lo dudes, me proporcionarán utilidad y recreo.

—Entonces, si tú lo quieres, no tengo el derecho de oponerme, dijo su madre depositando en su frente un beso cariñoso, uno de esos besos que no solía conceder mas que á su hijo.

Al dia siguiente ambas se dirijieron á ver á la Condesa, que se sorprendió de esta resolucion, ofreciéndole, sin embargo, su apoyo; pero haciéndole algunas observaciones sobre la mala estacion en que iba á empezar, y diciéndola que dentro de un par de meses el verano la arrebataría todas sus discípulas.

—El verdadero obstáculo además está en vos misma, añadió: miraos en ese espejo, y decid si no hay peligro en que una joven como vos atraviere sola las calles de París.

Mad. Ogé, alarmada realmente con estas palabras, unió sus ruegos á los de la Condesa para hacerla desistir de su proyecto, á lo cual contestó la joven con dulzura:

—Tranquilizaos; no existen semejantes peligros. Aunque en las calles de París se encuentran infinitos transeuntes, cada uno va á sus ocupaciones, y además un traje humilde y un velo echado sobre el rostro contienen al hombre mas atrevido. Asi, pues, es cosa convenida, y os ruego que me proporcionéis discípulas.

Aquella misma noche Clemencia tenía ya una, cuya noticia, comunicada secretamente á Augusto por su madre, le llenó de alegría.

La joven acudió á dar su primera leccion con desembarazo, y en breve su discípula, niña encan-

tadora de quince años, le proporcionó otra de sus amigas; contando á los pocos meses Clemencia cuatro discípulas. A cada una le encontraba una gracia particular, una virtud ignorada, y era que su bondadoso corazón parecía comunicarse á las jóvenes que educaba.

Su método era sencillo y de indudables resultados; sus discípulas progresaban rápidamente, y su reputación de hábil profesora llegó hasta oídos de su madre, que parecía mirarla cada vez con mas cariño.

De esta manera Clemencia vivía para los otros, proporcionaba á los demás una vida mas cómoda ó mas recreativa, y guardaba para sí los pesares. Desde que estaba en París jamás había oído hablar de Julio, que solo había escrito á Augusto dos veces, y sus cartas eran frías, ceremoniosas, sin tributar un recuerdo á Clemencia ni á su madre. ¿Era afectada esta falsedad, ó en efecto Julio había dejado de amarla?

A estas inquietudes se unían las que le proporcionaba su hermano; cuando supo que había dejado su colocación, trató de reconvenir al joven, y éste le impuso silencio con tono imperioso, lo que aumentó sus temores, sin atreverse á comunicarlos á su madre, cuyo cariño por su hijo iba creciendo cada día y tornándose de veneración en fanatismo. El menor gesto de cólera que advertía en el rostro de Augusto, la hacía palidecer, y el niño mimado de otro tiempo, con su razón de hombre sacaba partido del dominio que ejercía intimidando á su madre con su cólera, ó fascinándola con su sonrisa. Esta, sin embargo, no se advertía con frecuencia en su rostro, y los días en que libre del compromiso del conde de A... ó del embajador B..., porque él solo decía tratar con estos personajes, se dignaba comer con su madre y con su hermana, sus miradas eran sombrías y sus ademanes bruscos, no obstante afirmar que todos sus negocios marchaban prósperamente.

Según anunció la Condesa, el estío arrebató á Clemencia la mayor parte de sus discípulas, viéndose madre é hija reducidas á vivir de las economías de algunos meses, para no tocar al capital, que según creía Mad. Ogé, se duplicaba en manos de su hijo.

XII.

La visita inesperada.

Con el Otoño volvieron las discípulas, y con ellas la vida activa de Clemencia, que experimentaba una gran satisfacción en contribuir al sostenimiento de su casa y de su madre.

Una noche que madre é hija, fatigada la segunda de haber corrido todo el día por París, estaban sentadas junto al fuego, la campanilla las sacó de su

preocupación. Mad. Ogé creyendo que sería su hijo, corrió á la puerta, y al ver en ella á un desconocido, murmuró:

—¿Quién sois?

—¿Cómo! no reconocéis á vuestros amigos? respondió un acento muy conocido, que estremeció á Clemencia.

—¡Calla! prosiguió Mad. Ogé, penetrando en la sala al tiempo que el recién llegado: Es Julio Moreau.

La luz de la lámpara daba de lleno en el rostro de Clemencia, adornada aquel día con mas humildad que de costumbre, pero en aquel instante la alegría y el amor le sirvieron de atavío. Julio se detuvo ante ella, sus miradas se encontraron, y ninguno de los dos fué dueño de dominar su emoción, de la cual Julio apenas se podía dar cuenta, porque había ido á aquella casa á buscar antiguos amigos, no un sér amado.

Con la ausencia todos sus sueños habían desaparecido, su primavera había pasado, y se encontraba en esa edad, en que dominando la cabeza al sentimiento, se cuida de no dejar interesar el corazón. ¿Por qué entonces aquella turbación inesperada? ¿Por qué sentía renacer su antigua pasión? ¿Por qué era menos dueño de sí que el día en que dijo por primera vez: «Os amo.» ¡Ignoraba que al borde de la tumba el anciano moribundo se siente volver á la vida si le recuerdan la primera mujer que amó!

Cuando Mad. Ogé le ofreció un asiento y le dirigió algunas frases, Julio triunfó de su emoción, descendiendo al punto del cielo á la tierra. Sus ojos sin embargo permanecieron fijos en la joven, que sin levantar los suyos del suelo le dirigía en silencio mil preguntas, mil palabras de amor, á las que se contestaba ella misma.

—¿Cómo había de reconocerlos si habeis variado tanto desde el día que nos separamos? exclamaba Mad. Ogé. Augusto no ha crecido tanto en estatura, pero en ingenio y en maneras es un verdadero parisiense. ¡Dios mío, qué placer recibirá al veros!

—Me ha visto.

—¡Os ha visto! ¡cuándo, dónde!

—Esta mañana: acababa yo de llegar, y le encontré en el boulevard y me ha llevado á su casa.

—¡Habeis admirado su nueva habitación! ¿Verdad que es un oratorio? Muebles de la edad media, objetos artísticos, y todo esto por una friolera, porque él ¡hijo de mi alma! aparenta diez veces mas que otro gastando diez veces menos. Se ha lanzado al gran mundo, ha corrido mucho camino en un año, y en fin es un joven que conoce el valor del dinero.

—Yo también empiezo á conocerle, murmuró Julio. Y á propósito, ¿sabeis que perdí á mi abuela?

—¿Cómo! ¿la madre de Mr. Moreau ha muerto?

Lo ignorábamos, nadie nos ha enviado esquila de defunción.

—Es que mi padre estaba tan furioso que no dió parte á nadie de esta desgracia : figuráos que la pobre anciana hizo testamento en mi favor, lo cual nadie lo esperaba , y es que comprendió que yo sería desgraciado mientras dependiese de mi padre.

Clemencia hizo un movimiento imperceptible que arrancó al jóven estas palabras :

—Bien sé que la señorita Clemencia no consiente que se hable mal de los padres ; eso consiste sin duda en que ella es mas virtuosa que yo, ó que sus padres han valido mas que los míos.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

VARIEDADES.

—¿Cuál es el hombre piadoso ? decía Fau-chi.

—El que ama á los demás , respondió Confucio.

—¿Y cuál es el hombre prudente ? añadió Fau-chi.

—El que conoce á los demás, dijo Confucio.

Pasaría con gusto viajando toda mi vida , si tuviera la esperanza de encontrar en alguna parte una segunda vida para pasarla toda entera en mi casa.

La amistad es como una alma en dos cuerpos.

Quien haya visto en un baile á las máscaras, danzando amistosamente y estrechándose las manos sin conocerse, para separarse en seguida y no volverse á ver, puede formarse una idea de lo que es el mundo.

Una mujer buena nunca es fea.

Explicacion del pliego de Dibujos.

NUM. 1. *Entredos* bordado al *pasado*.

NUM. 2. *Camiseta* alta bordada al *minuto*, para señora : al *feston* puede sustituir un valenciennes encañado.

NUM. 3. *Entredos* bordado al *minuto*.

NUM. 4. *Gorra*, bordada al *pasado*, para niño.

NUM. 5. *Fondo* de la misma.

NUM. 6. *Cenefa* de media greca y turcas, bordada á *punto ruso* con seda ó torzal de colores sobre cachemir, para falda interior.

NUM. 7. *Cuello* á la marinera, bordado á *minuto* y *punto ruso*.

NUM. 8. *Puño* correspondiente.

NUM. 9. *Cenefa* bordada con cordon ó trencilla.

NUM. 10. *Cenefa* bordada con trencilla y *punto ruso*, para el mismo objeto que la del número 6.

NUM. 11. *Pañuelo* bordado á *feston*.

NUM. 12. *Cuello* bordado á *plumetis*.

NUM. 13. *Puño* correspondiente.

NUM. 14. *Pañuelo* bordado al *pasado* y *minuto*.

NUM. 15. *Cenefa* bordada á la *inglesa* y *minuto*.

NUM. 16. *Entredos* bordado á la *inglesa* y *pasado*.

NUMS. 17 y 18. *Cenefas* bordadas á *plumetis*, y *punto de armas*.

NUMS. 19 y 20. *Otra idem* á la *inglesa* y *feston*.

NUM. 21. *B* y *M* enlazadas, bordadas al *pasado*.

El patron que vá á la espalda es de cuerpo alto con postillon cuadrado y adornado con cordon grueso, que le guarnece todo alrededor, formando además dos de ellos berta, que remata en los hombros con lazadas de borlas: en el centro del pecho lleva otro cogido con borlas, y por detrás, en el talle, otro lazo con caidas, repitiéndose á los dos costados de la falda otro entrelazado en pirámide que remate en borlas al pié. Las piezas de que se compone el cuerpo lleva cada cual su nombre, y su empalme es el usado en todos los patrones de cuerpo.

Van además en el mismo pliego tres piezas que constituyen un botín de niño pequeño, cuyo botín se borda en paño ó piqué con trencilla.



Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.